

## El cuaderno

Todos los días a la misma hora, el poeta coge su pluma, se sienta en un sillón y me abre por la página en blanco. Está solo, con los ruidos de siempre que le dan la voz de alarma si callan. Me roza con la punta de su lanza y un coágulo de tinta tatúa mi piel con una sola palabra, *Azul*; una ventana que se asoma temerosa al abismo de la hoja en blanco. Mira a un lado, y al otro, cierra los ojos, los vuelve a abrir, balbucea frases sin sentido, palabras inconexas. Las mira una por una, pero las deja ir hasta que, en un susurro casi inaudible, pronuncia, *Mar*. “El mar nunca me falla”, piensa mientras ruega, suplica, se hinca de rodillas...Y el mar se compadece. Escribe *Azul* al lado de *Mar* y en sus pupilas refulge un destello, quizá el reflejo del sol en la ondulada superficie del agua. Esperanzado, esboza un verso con un titubeante trazo que me hiere como una caricia:

— *Azul sería el mar si...*

*Azul* y *Mar*, se miran pensativas, se sienten minúsculas ante la profundidad de su significado. Poco a poco otras palabras acuden a su encuentro.

— *Azul sería el mar, profundo y sabio...* — se dicen las unas a las otras.

El poeta lee la frase permutando el orden de las palabras en múltiples variaciones que desecha una y otra vez, hasta que, en un arranque de ira, la tacha con violencia. Se levanta, pasea arriba y abajo, de vez en cuando se detiene pensativo o hace gestos con la cabeza como si discutiera consigo mismo.

Ahora parece que se calma, con decisión vuelve a su asiento, se ajusta las gafas sobre el caballete de la nariz y comienza a vaciarse en oleadas de tinta que rompen en el borde de la hoja:

*El mar sería azul si lo que callo escribiera con coraje  
gritando línea a línea porque adoro tu risa  
y ese temblor del labio  
cuando me miras desde lo profundo.  
Si fuera azul, guardaría tu voz para llenar con ella millones de poemas  
encrespados como olas  
o sometidos, mansos, al verbo y al sujeto.  
Tú, los leerías en silencio respirando caricias en el aire  
y yo, escuchándote, te miraría con los ojos cerrados.*

Yo me dejo escribir y, cuando el poeta concluye y me deja sobre la mesa, queda en el aire el eco de sus versos, que se desvanece, lento y rumoroso, como la espuma en la arena.